

Tindara: dispuesto a amar

Ignacio Ríos Guzmán · Letrame, 2025

Algo no encaja con la mañana

Creo que eran alrededor de las diez. Lo sé porque el sol entraba con fuerza por la ventana del bus. Pero había algo que no encajaba. Las calles estaban demasiado tranquilas para un día hábil. Pocos autos, casi ningún ruido, un silencio que parecía haber descendido sin permiso sobre la ciudad.

Iba en la última fila de una micro vieja. Me había quedado dormido y me costaba reubicarme. Sentía una desorientación sutil, como si el cuerpo hubiera despertado antes que la mente. La micro se tambaleaba con un ritmo torpe, con ese olor penetrante a petróleo y a pasado. Un transporte de otro tiempo, del tipo que uno cree extinto..., hasta que lo vuelve a tocar.

Había pocas personas. Intentaba distinguir por la ventana en qué parte del trayecto iba. El sol me daba justo en la cara, los ojos me pesaban, pero losforcé: no quería pasarme de mi destino, fuera cual fuera.

Reconocía el camino. Por lo que veía, iba en dirección a mi casa. El paisaje me resultaba familiar. Estaba a la altura del Estadio Italiano. Del otro lado, el centro cultural de Las Condes. No había duda: estaba cerca.

El paradero se aproximaba, y por impulso me levanté. Busqué el botón para avisar, pero no había ninguno. Solo un cordel amarrado a una bocina oxidada. Tiré del cordel. Me parecía absurdo que aún existiera ese sistema. «País de mierda —pensé— nos piden dejar los autos, pero nos condenan a viajar en reliquias».

Me bajé. Y al tocar el suelo, algo se rompió en mí. No sabía dónde estaba. Revisé mis bolsillos. Inspeccioné mis manos. No había heridas visibles, pero la cabeza me dolía. Mucho.

Intenté mirarme el rostro con el celular, pero no lo encontraba. Ni rastro de él. Entonces el temor se coló por las rendijas. ¿Me habrían asaltado mientras dormía? ¿Me caí? ¿Me golpearon?

Me revisé entero. No había signos de violencia. Solo un hormigueo en el hombro, una punzada que no lograba observar.

Miré con detención. Y ahí lo vi: tenía escrita en la palma de la mano la palabra «Tindara». Con lápiz. Sin contexto. Sin sentido. No tenía ningún significado para mí. No estaba herido. Pero algo no estaba bien.

Nada tenía lógica. Y lo peor: no había signos de defensa. Yo soy combativo. He entrenado durante años. No pudieron tomarme por sorpresa sin que hiciera algo.

¿Entonces qué pasó?

¿Y mi auto? ¿Por qué iba en micro? Eso no tenía sentido. No podía llamar a nadie, no tenía celular, no recordaba ningún número útil.

Solo uno. Antiguo. Como tatuado en la memoria: el de la casa de mi abuela. En tiempos de teléfono de rueda.

Me reí, casi con desesperación. Hasta el número de la Teletón me parecía más familiar que mi propia vida. 24500-03. Una condena moderna.

Pensé en tomar otra micro, pero el solo hecho de decidir cuál era la correcta me resultó ajeno. No conozco sus recorridos, sus destinos. Nunca he necesitado saberlo. Siempre me muevo en auto, y cuando toca el centro, en metro. Pero esa vez... ese mapa mental estaba completamente desdibujado. Sentí que la ciudad, como yo, había cambiado de piel.

Metí la mano al bolsillo por reflejo, buscando alguna certeza. Y la ausencia fue total: sin billetera. Nada. Ni efectivo, ni documentos, ni esa pequeña credencial que da sentido a la pertenencia. Era como si el mundo hubiera decidido prescindir de mí mientras yo dormía.

El enojo brotó lento, como vapor retenido. Miré mis pantalones, manchados, desaliñados, como si la noche anterior hubiese sido hostil. Todo se sentía sucio, dislocado, como si el paisaje que debía conocer me estuviera jugando a las escondidas.

Y entonces pasó una micro.

Su pintura era mate, deslucida, con franjas celestes y naranjas apenas visibles, como si el sol y los años hubieran decidido borrarla sin pedir permiso. No tenía letrero digital, sino un cartel improvisado, escrito en plumón sobre cartón amarillo y pegado con cinta gruesa a la ventana lateral. Decía «326 - Recoleta/Las Condes» en una caligrafía apurada.

Las ventanas no eran selladas, tenían esas manillas metálicas que se giraban con dificultad. Los asientos estaban cubiertos de cuerina verde, algunos rasgados, todos agrietados por el tiempo. Las luces interiores parpadeaban como si no supieran si quedarse o marcharse.

Los pasajeros llevaban chaquetas de jeans, camisas de cuello amplio, mochilas de tela con cierres plateados. Miradas quietas, rostros sin dispositivos, como si cada uno hablara con el silencio. Parecían salidos de una postal olvidada de los años ochenta. Y lo más desconcertante: nada parecía fuera de lugar..., excepto yo.

La micro avanzó lenta. Y nadie la miró. Nadie reaccionó. Solo yo.

Sentí que algo no encajaba. Que lo que me rodeaba ya no era enteramente real. O al menos, no era real como lo conocía.

Me dolía la cabeza. El hombro seguía picando, como si alguien hubiese colocado ahí un punto de partida sin dejarme instrucciones.

No tenía pistas. Solo una certeza: algo me había pasado, pero todavía no sabía cómo nombrarlo.

Sin dinero, sin ayuda, sin respuestas, la única opción era caminar. No estaba cerca. Pero tampoco era imposible.

Treinta y tres cuadras.

Y entonces, sin saber qué había cambiado a mi alrededor, comencé a andar.

A pesar de las molestias, no sentía cansancio alguno. Era extraño. Me sentía con una energía infinita, como si el cuerpo hubiera sido reescrito. La respiración era distinta, más consciente, más limpia. El corazón latía a mil por hora, pero no era por la adrenalina. Era por la emoción. Algo extraordinario, difícil de nombrar. Una mezcla entre urgencia y belleza.

Caminaba muy rápido. La mente fija en llegar a casa. Absorto en mis pensamientos, tratando de encontrar sentido a lo que me estaba pasando. Lleno de preguntas, muchas más que certezas. Y a medida que pasaban las cuadras, la ansiedad se multiplicaba como ecos sobre el asfalto.

De pronto, me detuve. Un pensamiento me sacudió como un golpe sordo. ¿Había dejado a los niños en el colegio?

Esa rutina era mía. Me correspondía llevarlos cada mañana. El colegio de Gabriel, mi hijo mayor, y luego el de la pequeña de la casa. Mi chica loca, mi hermosa Meche. Mercedes.

El nudo en la garganta apareció de inmediato. Por un segundo me sentí aplastado por el mundo. ¿Y si algo nos había ocurrido? ¿Y si hubo un accidente?

Me detuve solo un instante. Miré al suelo. Miré al cielo. Respiré profundo.

Y seguí caminando, aún más rápido.

Pensé: si hubiese habido un accidente que los involucrara, no habría despertado en una micro cualquiera. Esa idea me tranquilizó lo suficiente como para continuar.

No tenía opción. Tenía que llegar a casa. Aún quedaban muchas cuadras.

Creo que nunca había hecho ese recorrido completo a pie. Había tramos que no lograba reconocer con certeza, y por momentos dudaba si realmente iba en la dirección correcta. Pero era absurdo. Estaba completamente lúcido. La señalética de las calles me lo confirmaba: iba por el camino habitual.

Aun así... todo me resultaba confuso.

Miraba a lo lejos, buscando el edificio en que vivía. Un bloque moderno de doce pisos, ubicado en plena avenida Apoquindo, a escasas cuadras de Padre Hurtado, frente a la iglesia de los Dominicos. Era imposible no verlo. Ya debería haberlo divisado. ¿Tan lejos estaba?

Y entonces, como un golpe seco, me atravesó una idea como un puño en el pecho: no tenía las llaves del departamento. No tenía nada. Solo lo que llevaba puesto.

Ni siquiera esperaba encontrar a alguien en casa a esa hora. Sentí rabia. Rabia absurda, pero viva. Quizás don Juan, el conserje, podría ayudarme. Era todo lo que tenía como hipótesis.

Ya habían pasado más de cuarenta y cinco minutos desde que me bajé de la micro. La caminata en fuga me iba consumiendo. La sed comenzaba a secarme desde adentro, y el estómago vacío se convertía en un eco hueco que amplificaba mi desconcierto.

El olor a pan recién horneado que escapaba desde la panadería de la esquina me golpeó con una ternura imprevista. Como un anzuelo al recuerdo. Conocía ese aroma. Y eso, por un instante, me tranquilizó: estaba cerca.

Pero entonces lo vi.

© Ignacio Ríos Guzmán. Fragmento para uso de prensa. Libro completo en Buscalibre y Amazon.